

prónimo, que en su testarudez por abolir las imágenes no había cesado de atormentar al pontífice, en virtud de cuyos buenos oficios se había conservado su autoridad en Italia, no adoptó entonces otra medida que la de enviar al silenciario Juan con cartas. El papa hizo conducir al enviado á Rávena por su propio hermano (753), encargándole suplicar de nuevo á Astolfo que consintiera al fin en ceder el exarcado á los griegos. Todas estas fueron tentativas infructuosas. Después de semejante paso continuaron todavía con más calor los armamentos y las amenazas (18). Otra vez Estéban escribió al emperador para que, según las reiteradas promesas, viniera á defender la Italia (19); pero

(18) *Fremens ut leo, pestíferas minas Romanis dirigere non desinebat, asserens omnes uno gladio jugulari, nisi suæ sese subderent ditioni.* ANAST. BIBL., *Vit. Steph.* II.

(19) *Deprecans imperialem clementiam, ut juxta id quod et sapius scripserat, cum exercitu ad tuendas has Italiae partes modis omnibus adveniret.* ANAST. BIBL.; BARONIO *ad. an.* 745; XXIII, XXV. Esto demuestra cuán

á éste le agradaba más abolir el culto de las imágenes, dar muerte á los monjes que las defendían, que la noble empresa de hacer frente á los longobardos y á los sarracenos.

Estéban en Francia.—¿Qué más podía hacer el papa? Acordándose de Gregorio III, recurrió á Pepino, duque de los francos, quien, prestándole más benévolo oído que lo había prestado Cárlos Martel, envió al duque Autaris y á Crodegang, obispo de Metz, á fin de invitarle á que cruzara los Alpes. Con objeto de tentar el último esfuerzo se encaminó el papa, en unión de los embajadores francos y del silenciario Juan, á la corte longobarda, sin que por eso consiguieran alterar en lo más mínimo la firme é irrevocable resolución de Astolfo. Juan regresó á Oriente sin haber alcanzado cosa alguna, y el papa emprendió su viaje con dirección á Francia, en cuyo territorio fué recibido con el sincero respeto que otorga constantemente el pueblo á la virtud perseguida.

distante se hallaba de las ideas de rebelion y de soberania.

CAPÍTULO XIII

PEPINO REY.—SOBERANIA TEMPORAL DE LOS PAPAS.

El peregrino apostólico halló cambiadas las cosas en Francia. Apenas se halló solo en el poder, por abdicacion de Carloman, Pepino el Breve, que tenía el título de mayordomo con la autoridad de rey, abrió á su hermano Grifon las puertas de su calabozo, confiriéndole honores y ducados (748); pero éste, sediento de dominacion y de venganza, impulsó á los sajones á declararse en rebeldia. Pepino les sujetó nuevamente al tributo de quinientas terneras, y Grifon buscó un refugio entre los bávaros; habiendo muerto posteriormente Odilon, su cuñado, les indujo á que le eligieran por duque, con exclusion de Tasilon, hijo del difunto. Sin embargo no tardó en caer sobre él Pepino, y después de derrotar á los bávaros, restableció á Tasilon en sus derechos paternales. Como habían celebrado alianza con Grifon los alemanes, les quitó sus principes nacionales, poniéndoles bajo el gobierno de condes francos bajo la vigilancia de enviados reales. Vanamente había intentado el papa desviar á Pepino del designio de ponerse en marcha contra Grifon y contra los bávaros: así es que cuando se vió triunfante de ellos, habló al legado Sergio de la manera siguiente: «Mentías tú cuando pretendiste, de parte de San Pedro, impedirme llevar á cabo la guerra. Se ha manifestado bien á las claras la voluntad de Dios con el laurel de la victoria, y el cielo ha decidido que los bávaros sean súbditos de la Francia:» argumento que no ha perdido jamás su peso en la balanza política.

Hecho Grifon prisionero debió la vida á las súplicas de San Bonifacio y del pontífice. Su hermano le concedió generosamente doce condados con la ciudad del Mans, si bien á poco Grifon quiso levantar nuevamente la cabeza y fué muerto en los Alpes (753). De consiguiente Pepino ya no tenía rivales: á la edad de treinta y siete años se encontraba vencedor en muchas guerras, querido del

pueblo y de los soldados por sus afables modales, y no menos del clero á quien había restituido todo lo que Cárlos Martel le había arrebatado: para ser rey solo le faltaba el nombre. Ya los francos ponían á sus actas la fecha de los años de su reinado. A él solo iban dirigidas las solicitudes ó las reclamaciones: le rodeaban todos los honores. Habían venido á ser los magnates sucesivamente sus vasallos, y se hallaban ligados respecto de su persona por el juramento de fidelidad más que por respecto de los débiles sucesores de Clodoveo.

Por otra parte la nacion, esto es, el ejército, tenía á semejanza de todos los pueblos germánicos, el derecho de elegir por rey á quien fuere de su agrado, no habiendo obedecido hasta entonces más que á una costumbre y al mérito, al escogerle entre los individuos de la raza Merovingia. Cansados los francos de esta ficcion, enviaron á Roma á Burcardo de Wurtzburgo, y á Fuldrado, abad de San Dionisio, para preguntar al papa Zacarias, de parte de los francos y de sus duques, á quien convenia dar el título de rey, si al que ejercia la autoridad realmente ó al que solo lo era de nombre. A esto respondió el papa, como hubiera podido hacerlo todo apreciador equitativo de la legitimidad, que el título de rey pertenecía al que desempeñaba las funciones inherentes á esta categoria; con lo cual el papa, lejos de usurpar un poder indebido, no hacia sino reconocer que el derecho de elegir al rey residia en la nacion (1).

(1) Véase á BOSSUET, *Defensio*, II, 34.—FENELON, *Œuvres* (Versalles) t. XXII, 584; II, 382. Parece que este hecho, callado por todos los contemporáneos, no encontró fe más que en la decadencia de los Carolingios, siglo y medio después; y que en efecto el papa no tomó parte alguna en el cambio de dinastia.

Pepino rey.—Pepino, que al principio había rehusado admitir un cetro que el orden de los acontecimientos ponía en sus manos, viendo que le era confirmado á la sazón por el voto de los suyos, y que poseía además la sanción de la justicia, lo aceptó en el campo de Mayo de Soissons (759); y para justificar su elección á los ojos de los galos quiso ser consagrado con sujeción á la costumbre de los reyes de Judá, adoptada igualmente por algunos reyes de España. Hizo, pues, que le ungiera con el santo óleo San Bonifacio, el prelado más venerado de aquel tiempo (2); y la nueva dinastía fué, como la precedente, consagrada por la Iglesia (1.º de marzo). Childerico III, último que con derecho ó sin él llevó el nombre de Merovingio, vió cortados nuevamente sus cabellos, y tornó al monasterio de donde había salido. Si cuando ocupaba el trono no alcanzó más título que el de *Insenato*, pudo merecer el de *Piadoso* en una morada que convenía mejor á sus inclinaciones.

Este triunfo de los francos de Austria sobre los de la Neustria, considerado por algunos como una nueva invasión septentrional, hizo efectivamente prevalecer la lengua y las instituciones de aquella nación más germánica sobre las de los galo-francos, debilitados demasiado pronto por su mezcla con los romanos.

Después de la victoria del primer Pepino sobre los neustrios y sobre los hombres libres, los magnates, que le habían ayudado con su brazo á alcanzarla, se creyeron dispensados de toda obediencia: lo cual estinguió completamente la monarquía fundada por Clodoveo; y amenazó verificarse una descomposición como aquella en medio de la cual había sucumbido el Imperio romano. Ahora bien, al hacerse rey Pepino el Breve declaró vigentes los derechos dinásticos y con apariencias de justicia aspiró á dominar tantos príncipes independientes. Resuelto á sostener su soberanía con la fuerza, se puso desde luego en marcha contra las provincias del Mediodía. La Septimania, que habían defendido los godos contra Clodoveo y los sarracenos contra Carlos Martel, parecía dispuesta á gobernarse por sí misma; pero el godo Ansemundo, á quien había elegido por jefe un gran número de magnates; rindió de buen grado homenaje á Pepino; ejemplo que fué imitado por las ciudades de Nimes, de Magalona, Agda y Beziers. De esta suerte tuvieron espedito el paso los francos para ganar las provincias arrancadas á los visigodos

(2) Llamar usurpación al advenimiento al trono de Pepino, como lo hace la generalidad de los historiadores, es querer aplicar á los reinos electivos de los germanos las ideas modernas de la legitimidad. Ninguno de los escritores latinos contemporáneos lo considera bajo este aspecto, por lo cual es un absurdo de los historiadores bizantinos contar que el papa absolvió á Pepino de su felonía *λύσαντος αὐτὸν τῆς ἐπιπορείας τῆς πρὸς τὸν Πίπινον τοῦ αὐτοῦ Στεφάνου*. THEOPHANES, *Chronogr.* p. 337.

por los sarracenos. Acosados estos últimos continuamente por los cristianos, no podían esperar socorros del otro lado del Pirineo, á causa de la guerra civil que había estallado en España al tiempo de verificarse la caída de los Omniadas. Envalentonados con semejante estado de cosas los godos de la Septimaria, bajo el mando de Pepino atacaron á Narbona, postrer refugio de los musulmanes, y se apoderaron de ella después de un asedio que duró tres años (759). Así se halló destruida la dominación de los árabes en la Galia. Este país, que tomó el nombre de Gotia, formó un ducado del reino de los francos, al cual juró Pepino conservar sus leyes.

Quedaba la Aquitania, siempre estraña á las instituciones francas, y que por este motivo tenían costumbre de repartirse entre sí los hijos de los reyes Merovingios, no queriendo ninguno poseer por única herencia una tierra habitada por romanos, porque no confería los derechos de las tierras sálicas. La enemistad de Eudes con Carlos Martel y de Hunaldo con Pepino, continuó en la persona de Waifro (Guaifero) hijo de Hunaldo. Este había obtenido el país en feudo de manos de Carloman, y le había jurado fidelidad. Pero luego que Pepino hubo ascendido al trono, el duque de Aquitania se creyó dispensado de su juramento, y obrando como soberano, abrió un asilo á todos los que salían de Francia, ora fueran súbditos descontentos, ora magnates declarados en rebeldía. Pepino se lamentaba de ello, así como de las frecuentes violaciones de las inmunidades eclesiásticas; y como no fué oído tuvo necesidad de recurrir á las armas (759). Por espacio de ocho años hicieron frente á los temibles francos los muelles pueblos del Mediodía y los menospreciados vástagos de los romanos: con frecuencia adelantáronse hasta Autun y Chalons los aquitanios y los vascos; pero los francos prendieron fuego al Berri, penetrando en la Auvernia, llevando los estragos hasta el Lemosin, y arrancando allí las viñas, tesoro tan apreciado en la Aquitania. No sintiéndose Waifro con fuerzas para luchar con el enemigo, mandó dismantelar las ciudades y se retiró á las montañas, donde continuó haciendo la guerra con indomable pertinacia, hasta el instante en que fué muerto por uno de los suyos (2 junio de 768) (3). Entonces toda la Aquitania se sometió á Pepino; y Tasilon, duque de Baviera, que se había rebelado contra su tío en favor de Waifro, fué derrotado.

Después de la muerte de Alan, hijo de Judicael, se había dividido la Bretaña, y las ciudades de Nantes, Rennes, Dol, Alet (Sant-Maló) habían caído y vuelto á caer en poder de los francos, sin reconocer á pesar de todo su dominación sino en tanto

(3) La historia no habla de la manera como murió; pero algunas crónicas dicen que fué muerto por sus mismas gentes, porque querían alcanzar la gracia del rey. Cron. de Francia segun BOUQUET, v. 323.

que eran obligadas á ello por la fuerza. Pero mientras que el ambicioso Mac-Tiernes (*hijo de príncipes*) trastornaba aquella comarca (753), Pepino se adelantó hasta Vannes, y avasalló toda la península armórica.

Unidad franca.—Entonces se hallaron reunidas bajo un mismo cetro la Ostría, la Neustria, la Borgoña, la Aquitania y la Bretaña; fué consumada la obra de Clodoveo, y quedó borrada por la victoria la antigua diferencia que existía entre los galo-romanos y los francos, ya reunidos bajo una dominación germánica. Es consolador al par que instructivo ver como la nación más unitaria logró paso á paso formarse de tan diferentes elementos.

No había dulcificado el cristianismo á los frisones de tal manera que hubieran renunciado á sus incursiones. Cuando asesinaron á San Bonifacio, que había llegado con el fin de convertirlos, Pepino vengó su muerte talando la Frisa, cuyo duque Ratbod II se vió obligado á refugiarse en el país de los daneses (756).

Pepino había sujetado á la paz á los sajones (758) imponiendo á los que habitaban á la orilla izquierda del Rin el tributo de trescientos caballos; pero como violaran el tratado celebrado con él uniéndose á sus hermanos los idólatras, penetró el rey franco en la Westfalia, los puso en derrota cerca de Iburg, en la diócesis de Osnabruk, y les obligó á someterse, á darle rehenes, y á no volverse á mostrar hostiles contra los misioneros. San Saiberto, uno de los apóstoles en que tan fecunda era la Inglaterra, había llevado anteriormente el Evangelio hasta el Rin; y habiendo otorgado Pepino en donación la isla del Rin, llamada de César (*Kaiserswerth*), erigió en ella un obispado que fué trasladado con posterioridad á Werden, á orillas del Ruhr.

La nueva dinastía franca se había aproximado, pues, á Roma, tanto por su antiguo título de católica, como por haberla consagrado el pontífice recientemente y por divulgar el Evangelio entre las naciones idólatras; así su índole la inclinaba á hacer prevalecer en el orden civil la monarquía y en el religioso el papado. Tomó de una manera más pública este último oficio cuando el papa Esteban II, no pudiendo obtener de los longobardos que respetasen las tierras del ducado romano, se presentó á Pepino pidiéndole socorro. El rey envió á su encuentro hasta San Mauricio á su hijo Carlos, que debía ser sobrenombrado Magno, y que caminó á pie delante de su carro: luego el rey le recibió en su castillo de Pontion, donde al acercarse el papa se prosternó en ademan suplicante así como su clero, vestido de cilicio y cubierto de ceniza. Al apearse Pepino se humilló delante del pontífice, como jefe de la Iglesia, con sus hijos y los magnates del reino. Enseguida le condujo á la abadía de San Dionisio, y le prodigó esmerados cuidados durante una enfermedad producida por el pesar y la fatiga del viaje. En señal de gratitud consagró el papa nuevamente á Pepino como rey de los

francos (28 de julio), y ungió también á sus dos hijos Carlos y Carloman, amenazando con la excomunión á los magnates y al pueblo en el caso en que transfirieran la corona á otra familia. Acto continuo confirió al rey y á sus hijos el título de patricios; pero no quiso disolver, á pesar del deseo de Pepino, su matrimonio con Berta, posponiendo la gratitud á las leyes eclesiásticas.

Pepino, patricio de Roma, y por consiguiente protector oficial de la Santa Sede, obligado desde entonces á prestarle ayuda contra los longobardos, manifestó la intención de darle en soberanía el exarcado de Ravena. Previendo el rey Astolfo que la buena armonía que reinaba entre Pepino y Esteban redundaría en su daño, hizo que Optato, abad del monte Casino y súbdito suyo, ordenara á Carloman retirado en su monasterio, que se dirigiera á Francia para disuadir á su hermano de la expedición á Italia. Carloman se presentó á la dieta de Kiersi y allí hizo observar cuán poco conveniente era tomar partido en favor de los griegos heterodoxos contra los longobardos católicos, diciendo que *la sangre de los francos no debía derramarse sino en favor de Francia*; y que dejarían imprudentemente espuestos sus propios hogares á los ataques de los sajones y de los aquitanios por defender el territorio ageno. Tanto ardor empleó en sostener esta causa, que el papa y su hermano se sintieron ofendidos: para vengarse Pepino mandó cortar la cabellera á sus dos sobrinos y los encerró en un monasterio. Quizá abreviaron los días de Carloman el pesar ó el despecho que experimentó de resultas (4).

Sin embargo, las razones que había espuesto hicieron impresion en el ánimo de los magnates francos, quienes se negaron á empuñar las armas hasta que se intentara entenderse amigablemente. En su consecuencia, Pepino comisionó enviados para que ofrecieran á Astolfo doce mil sueldos de oro con tal de que renunciara á la Pentápolis y á otras tierras (5). En virtud de su negativa, mandó decretar la guerra en la dieta de Braine (754). Tan luego como el edicto real les llamó á las armas, acudieron los magnates en gran número en torno de la bandera de Pepino, y forzaron el paso de Susa, que hacía ciento cincuenta años que separaba á dos pueblos, en paz uno con otro. Hallóse Astolfo encerrado en Pavia y no tuvo más arbitrio que resignarse á entrar en negociaciones.

Donación de Pepino.—Obligóse, pues, á entregar á Pepino el exarcado y la Pentápolis, de que el rey franco hizo donación á la república, y á la Iglesia

(4) *Ann. Metenses*, p. 754. Carloman salió más airoso en otra demanda, que tenía por objeto hacer restituir al monasterio del monte Casino las reliquias de San Benito, arrebatadas á este monasterio cuando fué saqueado por los longobardos, y llevadas por peregrinos galos á la abadía de Fleury, junto al Loira.

(5) *Chron. Moiss.*, BOUQUET, V, 67.

romana y á San Pedro, es decir, al pontífice, que fué restablecido en Roma.

Dominación temporal.—Tal fué el origen de la dominación temporal de los papas, que, aun cuando eran jefes de la Iglesia, no habian poseído hasta entonces ninguna soberanía. El donativo hecho por Constantino el Grande al papa Silvestre es una invención de posterior fecha (6), pero es verdad que los papas tenían inmensas posesiones. Ya en tiempo de Gregorio Magno contaban veinte y tres dominios en Italia, en las islas del Mediterráneo, en la Iliria, en Dalmacia, en Germania y en las Galias: nos bastará citar el estensísimo de los Alpes Cotios. (7) En conformidad del derecho romano, ejercían los pontífices en estos dominios su jurisdicción sobre los colonos, lo cual traía consigo magistrados, apelaciones, encarcelamientos. Además, en virtud de la negligencia de los emperadores, residentes á tan larga distancia, ejercían algunos actos de soberanía: así envió Gregorio Magno un gobernador á Nepi con orden al pueblo de que le obedeciera como á su propia persona, y un tribuno á Nápoles para que velara por la defensa de esta ciudad: agregándose á esto que las instituciones municipales de Roma les conferían como á primeros ciudadanos, una porción de soberanía. Más desde ahora la donación de Pepino les colocaba realmente en la categoría de príncipes de la tierra y como fué base del más antiguo reino italiano en Italia, y ejerció grande influjo en las vicisitudes de este país, naturalmente ha debido llamar la atención de los historiadores y de los publicistas.

No siendo actualmente la dominación papal más aborrecida, temida ó adulada que otra cualquiera, se puede discutir acerca de su origen con tanta imparcialidad como si la cuestión versara sobre el derecho que tenía Roma para destruir á Cartago. Además, un buen católico sabe establecer distinción entre la inmovilidad de un poder espiritual indefectible y los accidentes de una dominación que no aguardó la Iglesia para hacerse grande y fuerte, y que, aun cuando hubiera de serle arrebatada, no perdería un solo átomo del brillo que debe á influencia más alta que la del principado.

Ya no existe el original de la donación de Pepino, siendo falsificada el acta de que se hace mérito; pero los cronistas que lo mencionan de comun acuerdo, y las confirmaciones hechas de él poco después y sucesivamente, no dejan duda alguna acerca de su existencia. Esta donación comprendía á Rávena, Rímmini, Pesaro, Cesena, Fano, Sinigaglia, Jesi, Forlimpópoli, Forli con el castillo de Subio, Montefeltro, Aceragio, Monlucati, Serra,

(6) Véase tomo III, pág. 368.

(7) Algunos suponen que este abarcaba también á Génova; pero dos años después de la confirmación que hizo Liutprando al papa, murió un tal Andoaldo, que es designado como duque longobardo de la Liguria.

Castel San Mariano, Bobro, Urbino, Cagli, Lucli, Agobio, Commacchio, Narni (8). Han supuesto algunos (9) que la donación concernía únicamente al dominio útil de los bienes comprendidos en esta extensión de territorio, no á la soberanía reservada por Pepino para sí y para sus sucesores; ó que si tal vez comprendía la soberanía, no tuvo efecto más que con relación al dominio útil. (10) ¿Cómo pudo ser esto, si al romper con el papa los longobardos y el arzobispo de Rávena, le quitaron la jurisdicción y no los dominios? Además vemos á los papas enviar jueces y funcionarios á las ciudades donadas, (11) y decir: *Nostra romana civitas, nostrum populum romanum*, (12) conociendo que

(8) Algunos pretenden que esta donación se extendía desde Luni hasta el distrito de Suriano, comprendiendo en ella la Córcega, y de allí hasta monte Bardone; luego Berceto, Parma, Reggio, Mantua, Monselice, Venecia, la Istria, y los ducados de Espoleto y Benevento.

(9) PEISTER, *Gesch. der Deutschen*, t. I, p. 409. SPITTLER, *Staatgeschichte* t. II, p. 86 y otros muchos.

(10) Véase SISMONDI, *Historia de las repúblicas italianas*, tomo I. Napoleón zanjó esta cuestión con el sable como otras muchas.

«Desde nuestro campamento imperial de Viena 17 de mayo de 1809.

»Considerando que cuando Carlomagno, emperador de los franceses y nuestro AUGUSTO PREDECESOR, hizo donación á los obispos de Roma de diferentes países, se los cedió á título de feudos para asegurar el reposo de sus súbditos, y sin que por esto dejara Roma de formar parte de su imperio;

»Hemos decretado y decretamos lo siguiente:

»Quedan incorporados los Estados del papa al imperio francés.»

¡Terrible lógico! Pero el abate Emery le convenció fácilmente de su error. Véase ARTAUD, *Vida de Pio IX*, c. 21.

(11) *Nam et iudices ad faciendas justitias... in eadem Ravennatum urbe residentes ab hac romana urbe direxit, Philippum presbyterum, simulque et Eustachium quondam ducem. Cod. Carol.* número 54. Véanse también los números 51, 75, etc. Cuando Carlomagno quiso tomar á Rávena en 784 algunas colonias antiguas, tuvo necesidad de una concesión del papa.

(12) Véanse en FANTUZZI, *Monum. ravennati*, los diplomas del t. V, especialmente el 17 y el 18. Además SAVIGNY, *Historia del derecho romano*, c. V. párrafo 110; LEO, *Gesch. von Italien*, t. I, páginas 187-189; CENNI, t. I, página 63; ORSI, c. VIII; PHILIPS, *Deutsche Geschichte*, III, párrafo 47; GOSSELIN, *Poder de los papas* (Paris, 1846), página 240 y sig. Posteriormente el papa Adriano escribía á Carlomagno: «Los duques de Espoleto, de Benevento, de Friuly de Clusio, urdieron contra nosotros el peligroso plan de reunirnos con los griegos y con Adelquis, hijo de Desiderio, para hacernos la guerra por mar y tierra, deseando invadir esta nuestra ciudad de Roma y restablecer el reino longobardo. Por tanto os ruego que acudais lo más pronto posible en nuestra ayuda; pues á vos, después de Dios, hemos entregado la defensa de la santa Iglesia, de nuestro pueblo romano y de la república romana.» *Col. Carol.* ep. 57.

Después se han publicado:

TH. D. MOLCH.—*De donazione a Carolo M. sedi apostolicæ anno 774 oblata*. Munster, 1861.

han sido sustituidos al exarca y obran en su lugar y puesto. También pudiera demostrarse que antes de la donación de Pepino, los papas ejercían jurisdicción en muchos de aquellos países, por un consentimiento popular, al que Pepino rendía homenaje, llamando restitución á su donativo; y arguye mal el que trasladando á aquellos tiempos ideas del nuestro pretende encontrar en ellos una distinción exacta de derechos y de poderes, de dominio útil y de gobierno político. El propietario ejercía como tal en sus posesiones ciertos actos de soberanía, mantenía el orden, administraba justicia, llevaba los hombres á la guerra, á la par que el soberano recaudaba impuestos, enviaba inspectores, y la mayor parte del poder era del que tenía más energía y fuerza entre los dos.

Al llegar á este punto se creen inevitablemente obligados los historiadores á hacer una digresión sobre la ambición de los papas, sobre su codicia en proporcionarse bienes y poderío, sobre los males que atrajeron á Italia estorbando que cayera toda entera (por culpa de ellos) en poder de los extranjeros. Nosotros nos hemos permitido y hasta hemos creído un deber, siempre que nos ha dado derecho para ello la historia, ponernos en oposición con decretos de la opinión y de la fuerza; y jamás hemos experimentado simpatía respecto de una tiranía cualquiera para darle la razón, porque tenga espadas y trono. Una vez más nos limitaremos á consultar los hechos (13). Por una par-

AUG. THEINER, *Codex diplomaticus domini temporalis G. Sedis*, Roma, 1861. Es una colección en tres volúmenes de todos los documentos que sirven para la historia del gobierno temporal de la Santa Sede, sacados de los archivos del Vaticano. Pero en esta colección no van comprendidos los muchos documentos relativos á la misma materia, y ya publicados por Cenni, Alamanni, Fontanini, Borgia, Orsi, Garampi, etc.

(13) Este es uno de los puntos históricos, acerca de los cuales están más desacordes y más complicados los juicios, en lo concerniente á los hechos, á las intenciones y á las personas, en atención á que casi siempre ha sido cuestionado por escritores de partido. Va son sospechosas en su origen las noticias que han llegado hasta nosotros, hallándose todas ora en las cartas de los mismos papas, es decir, de una parte interesada, ora en sus vidas escritas por Anastasio, ó por otros con parcialidad manifiesta.

«Por lo que hace á los modernos, escribiendo algunos en odio de la religión, no han visto más que astucia ó violencia en todo lo que los papas han hecho, querido, dicho ó padecido. Otros, sin proponerse un fin irreligioso, aunque adictos á la causa de un potentado que estaba ó creía estar en disidencia por no sé qué derechos con los papas, propendieron á poner siempre la razón del lado de la usurpación y del desafuero. Algunos de los apologistas de la sede católica rebatieron las acusaciones, reteniendo el método de los acusadores. Cuando aparecen encarnizados en la discusión, no creáis que se proponen por objeto establecer una opinión con relación á un punto de historia; lejos de eso no lo miran más que como un medio á lo sumo. De esta suerte las cuestiones están mal sentadas por ambas partes, ora sea por casualidad ó de intento. Cuanto puede perju-

te se hallan los emperadores de Constantinopla, poseyendo la Italia, no como sucesores legítimos de los antiguos césares, sino á título de conquista, y tratándola como tal, después de haberle arrebatado sus antiguos privilegios; por otra, reyes extranjeros (14), armados y amenazadores, que juran y violan sus juramentos, devastan las ciudades, esterminan las poblaciones y lo entran todo á sangre y fuego. Tienen en frente de ellos ancianos sacerdotes elegidos por el pueblo y en sus filas,

dicar al partido del escritor, se halla disimulado ó desfigurado: son oscuras discusiones de erudición ó de principios, introducidas á propósito en el momento en que las cosas podrian empezar á aclararse. De aquí se sigue que cuando el lector cree que los escritores van á allanarle el camino para llegar á conocer lo más claramente posible algunos hechos, se apercibe, por el contrario, con despecho, de que han hecho cuanto ha estado en su mano para convertirlo en difícil y tortuoso.

»En otros escritores se nota un espíritu de partido procedente de motivos y de disposiciones más dignas; pero el espíritu de partido siempre existe. Tocados algunos de una veneración piadosa y sincera en favor de la dignidad de los soberanos pontífices, indignados de la parcialidad hostil con que fueron tratados muchos de ellos, lo han defendido casi todo, y casi todo lo han justificado. Al revés otros disgustados del violento abuso que hicieron de su autoridad muchos papas, no han pensado en establecer distinciones de tiempo y de personas. Han visto en todas las acciones de todos los papas un designio profundo, continuo, perpetuo de usurpación y de dominación. En consecuencia de esto, se han visto inducidos á presentar á los enemigos de los papas como víctimas, llenos de dulzura en su mayor parte, bajo la inexorable cuchilla del sacerdote. A veces se sorprende uno de ver á escritores, en lo demás sensatos y perspicaces, aunque movidos por este espíritu, pedir lágrimas á la posteridad, no en favor de una muerte dolorosa, no hácia uno de esos padecimientos que puede experimentar todo hombre, sino por la pérdida del poder, por el aniquilamiento de proyectos ambiciosos de hombres que con propósito deliberado han hecho derramar tantas á sus contemporáneos.

»Cuando una cuestión histórica se convierte de este modo en disputa de partido, se hallan predispuestos frecuentemente los lectores á suponer también miras de partido en todo el que se lanza á tratarla de nuevo: ahora bien, aquel cuya opinión es absolutamente favorable á un partido, experimentará doble trabajo en libertarse de la sospecha de parcialidad. ¿Qué hacer en este caso? Decir lo que se piensa, y dejar después que cada cual lo interprete á su modo. Si el que defiende á un papa es considerado como apolo-gista de todo lo que han hecho todos los papas ó de todo lo que se ha hecho en su nombre; si muchos no saben imaginar siquiera que se pueda querer probar que un hombre, una sociedad ha tenido razón en un caso, sin proponerse por objeto favorecer toda la causa, todo el sistema á que este hombre, ó esta sociedad se consideran como unidos, no es ciertamente culpa suya; el objeto que se propone realmente, es decir lo que le parece verdad, y decirlo con tanto más celo cuanto más combatido haya sido.» MANZONI.

(14) No eran extranjeros, dice un autor, porque se hallaban establecidos hácia mucho tiempo en Italia y no poseían reinos fuera de sus fronteras. Segun este raciocinio tampoco serian extranjeros los turcos para los griegos.

que oran, escriben, hacen procesiones, envían embajadas, van á suplicar en persona, no solicitando más que paz y justicia: á lo sumo reúnen un puñado de hombres armados solo con el fin de defenderse. Entre estas tres clases de competidores deseosos de conservar ó de conquistar la Italia, descubrimos millones de italianos, cuya suerte se decidía en sus debates. Oraban y gemían con el papa y se veían despojados, muertos por el rey ó por el emperador. ¡Cuánto no habían padecido bajo aquella dominación griega, distante, irresoluta, arrogante, que tiranizaba las conciencias, hecha aun más intolerable por la codicia y la insolencia de los funcionarios, quienes no se sonrojaban de hacerse satélites ó asesinos por obediencia! ¡Cuánto no hubieran tenido que padecer cayendo bajo el yugo de aquellos longobardos que habían robado á sus hermanos, leyes, bienes, magistrados y hasta el nombre de italianos! Con efecto los longobardos, después de tantos años de residencia en el territorio de Italia, nunca se habían naturalizado: tanto terror inspiraba su nombre, que en los países á donde se acercaban, las poblaciones que habían perdido el uso de las armas, osaban aun empuñarlas de nuevo para rechazar la opresión y la matanza reservadas á los vencidos.

Si quedaba á los italianos alguna esperanza de renacimiento ó de alivio no podían cifrarla más que en el papa, á quien los romanos consideraban hacia largo tiempo como su representante, defensor de sus derechos, único que supiera consolar á los oprimidos é intimar justicia á los opresores; papa que por su carácter debía ser más equitativo, más lleno de mansedumbre, y que hacia aun respetable á todas las naciones aquel nombre romano hácia el cual se había concebido tanto desprecio por culpa de otros.

La historia, aun independientemente de los hechos, debería observar cuál es la causa cuyo triunfo hace disminuir las injusticias y lágrimas entre esa multitud de hombres, que tiene por costumbre descuidar totalmente: debería á lo menos, cuando los siglos han calmado las pasiones, estar escrita con implacable justicia y maldecida cuando no simpatiza con los oprimidos.

Astolfo ataca á Roma.—Después de haber arreglado las cosas en Italia, pasa nuevamente Pepino los Alpes; pero Astolfo, que no había consentido en el tratado más que á la fuerza ó para ganar tiempo, reune con gran celeridad á sus fieles, y poniéndose en marcha sobre Roma, le pone sitio (755). «Abrid la puerta Salaria (dice á sus moradores) á fin de que yo entre en la ciudad, y entregadme la persona del pontífice, si queréis que use de misericordia con vosotros. En el caso contrario derribaré vuestras murallas, os pasaré á cuchillo, y veremos quién llega á arrancaros de mis manos.» Conociendo los romanos á fondo sus propios intereses y la fe que podían tener en su palabra, rechazaron sus proposiciones, y mientras que talaba las cercanías de Roma, ayudados los ciuda-

danos por los francos que se habían quedado en el país, sostuvieron el asedio por espacio de cincuenta y cinco días con un valor que se había vigorizado en las pruebas á que les habían sujetado las últimas disensiones.

Pepino en Roma.—Entonces fué cuando Estéban dirigió á Pepino una carta en nombre de San Pedro (15), exhortándole á libertar su sepulcro y á su sucesor bajo amenaza de castigos temporales y eternos. Inmediatamente traspone Pepino otra vez los Alpes, baluarte siempre débil contra los extranjeros; y mientras el enemigo le aguarda al paso de aquellos montes, le coge la retaguardia y llega á acometer á Pavia. Obligado Astolfo á retroceder á toda prisa para no dejar á su capital sin defensa, compra la paz al precio de la tercera parte de sus tesoros (diciembre), y sometiéndose á un tributo anual de doce mil sueldos de oro; además se obliga de nuevo, dando rehenes, á poner al papa en posesión del exarcado y de la Pentápolis.

Pepino envió al abad Fuldrado, su canciller, á llevar las llaves de Rávena y de otras ciudades á Roma, donde fueron depositadas sobre el sepulcro de San Pedro, y habiéndose dirigido allí personalmente, fué recibido como un libertador (756). En su busca llegaron embajadores de Constantinopla para inducirle á restituir al imperio las plazas que habían pertenecido á los griegos, mediante el reembolso de los gastos de la guerra; á lo que respondió que no había peleado en beneficio del emperador y que le asistía derecho para disponer de ellas á su arbitrio como de una conquista legítima. Enseguida regresó á Francia, ora con el fin de no inspirar más recelos á los griegos con su vecindad ora fuera obligado á ello por sus leudos, deseosos de abreviar la duración de la campaña. A esto conviene prestar atención antes de encomiar la generosidad de Pepino, ó de criticar la estremada bondad con que dejó subsistir á los vencidos, en vez de establecer en medio de ellos su dominación y sus leyes.

Aun no había puesto en ejecución el tratado Astolfo cuando murió de una caída de caballo (756). Ensalzado como uno de los mejores reyes longobardos, fué generoso con las iglesias y con los monjes, en cuyos brazos exhaló el último aliento, creemos que arrepentido de tantas violencias y astucias (16).

(15) Estéban pretendía haberla recibido de San Pedro, dice Mr. de Segur. Existe una enorme diferencia entre una figura de retórica y una impostura impía. Sin embargo, muchos historiadores juzgan aquí como aquel que creyera al autor de una novela que finge haber inventado ó refundido, tan delincuente como al falsificador de una letra de cambio.

(16) «Aquel tirano, secuaz de Satanás, Astolfo, devorador de la sangre de los cristianos, destructor de las iglesias de Dios, herido por un golpe divino, cayó en la voragine del infierno.... Ahora, por la providencia de Dios, por la mano del bienaventurado Pedro y por tu fortísimo brazo...

Desiderio.—Su hermano Raquis salió del claustro para pretender nuevamente la corona; pero el sufragio de algunos guerreros dió la preferencia á Desiderio, duque de Istria (737) (17), quien para deshacerse de su contrincante solicitó el apoyo del papa, prometiéndole no solo ejecutar punto por punto los compromisos de Astolfo con una fidelidad invariable, sino añadir á las ciudades que ya le habían sido donadas las de Faenza é Imola, con el castillo Tiberiano, Gavello y el ducado de Ferrara. Tan luego como el abad Fuldrado y el conde Roberto hubieron recibido la seguridad de lo que Desiderio prometía bajo juramento, se intimó á Raquis, en virtud de la obediencia monacal, que tornara á su piadoso retiro, y se anunció á los longobardos que los ejércitos romanos y francos sostendrían en el caso de que la necesidad lo exigiera, los derechos de Desiderio, el cual fué reconocido como rey en su consecuencia (757).

Estéban II murió aquel mismo año (21 abril). Paulo, su hermano y su sucesor, prometió amistad y fidelidad; puso en libertad á Sergio, arzobispo de Rávena, á quien había encarcelado Estéban por falta de respeto y exigió á Desiderio el cumplimiento de sus promesas, aunque vanamente. Este había empleado la astucia, y no bien se encontró sentado en el trono, se fijó en el proyecto constante de todos sus antecesores, cuyo objeto era someter la Italia. Habiendo reunido un ejército y confiando en que Pepino se hallaba ocupado en una guerra contra los sajones, sembró la desolación y el estrago en la Pentápolis (758); avasalló á Liutprando y Alboino, duques de Benevento y de Espoleto, que habían rendido homenaje al rey franco; y gestionó con un secretario griego, para que el emperador enviase un poderoso ejército, al cual él uniría sus fuerzas para recuperar á Rávena.

No tardó el papa en dar cuenta de los preparativos á Pepino, *nuevo Moisés, nuevo David*; y este príncipe envió embajadores que renovaron la paz con las mismas condiciones que habían sido impuestas á Astolfo (759), de tal manera que, habiéndose presentado una escuadra griega delante de Rávena con objeto de recuperar esta ciudad, se reunieron para repelerla romanos y longobardos. A pesar de esta armonía aparente, nunca quiso Desiderio restituir las plazas ocupadas, por más que se quejó el papa; favorecía por el contrario al arzobispo de Rávena, contumaz á la Iglesia romana, y era inevitable la guerra cuando fué diferida por la muerte casi simultánea del pontífice y de Pepino (768).

ha sido ordenado rey de los longobardos Desiderio, hombre dotado de gran dulzura.» *Carta del papa á Pepino.*

(17) Malvezzi lo da por duque de Brescia. *Chron. Brix. Per. it. Scr. t. IV.* Da visos de probabilidad á su opinión el haber fundado monasterios en Leno y el de Santa Julia en Brescia, ricamente dotado por él, y del cual fué después abadesa su hija Ansilberga, que compró igualmente bienes para su monasterio en el territorio bresciano.

Muerte de Pepino.—Hacia poco que había regresado el rey de los francos de su expedición feliz á la Aquitania, cuando sintiendo su fin próximo se hizo trasladar al sepulcro de San Martín y desde allí á San Dionisio, donde murió el día 18 de setiembre á la edad de cincuenta y cuatro años, después de haber reinado diez y seis. Entre todos los que antes de él habían gobernado la Francia ninguno puede compararse en actividad ni en prudencia, cualidades que favoreció la fortuna. Su reinado no fué agitado por conjuraciones ni por disturbios, cortejo ordinario de toda dominación nueva. Mostró condescendencia respecto de los magnates, á quienes convocó con regularidad, no ya en los campos de Marzo, sino de Mayo, porque habiéndose aumentado el número de la caballería era necesario aguardar á que hubieran madurado los forrajes para ponerse en campaña, como se hacía ordinariamente después de la asamblea. Viendo los nobles y el clero que el rey sometía á su deliberación sus designios en aquellas reuniones, creían ser partícipes de la soberanía, aunque en realidad no hacían más que prestar su aprobación á lo que se les proponía. Cuando murmuraron á veces, como aconteció respecto de la expedición á la Italia, donde no veían más que fatigas sin provecho, dejó al papa el cuidado de persuadirles. Conociendo la omnipotencia de los obispos, les trató con los mayores miramientos, y hasta dió á sus guerras cierto carácter religioso, ora combatiendo á los sajones como idólatras, ora á los aquitanios como usurpadores de los bienes eclesiásticos, ora á los longobardos como enemigos de los papas. Esto le valió ser considerado como protector de la iglesia católica, tanto más encomiado cuanto más contrastaba con los emperadores iconoclastas. Honró al papa Zacarías, que recurrió á él; veneró á San Bonifacio, ateniéndose á sus amonestaciones para la reforma del clero; y llevó de Italia á Francia una considerable porción de reliquias, sacándolas él mismo vestido de una manera sencilla en las procesiones solemnes (18). Sin embargo no se dejaron mover las de San Austremonio hasta que él no hizo donación de una tierra á los monjes; y habiendo usurpado otra á una iglesia, se le apareció en sueños San Remigio, y le golpeó de modo que se sintió acometido de la fiebre, no sanando hasta después de la restitución. Anécdotas que pintan á lo vivo aquella monarquía de Iglesia y de guerra, que sacó de estos dos elementos tanto brillo en tiempo de los dos primeros reyes, y tanto envilecimiento bajo los reyes sucesivos.

(18) En la segunda traslación de San Austremonio: *Rex ad instar David regis... obliu regali purpura, pra gaudio omnem illam insignem vistem lacrymis perfundebat, et ante sancti martyris exequias exultabat, ipsiusque sacratissima membra propriis humeris evehebat.* En la de San German de los Prados ponían: *Tam ipse quam optimates ab ipso electi, manus ad feretrum.* *Rer. fr. Script., t. V, p. 428, 433.*

Habiendo enviado los griegos á Pepino un órgano, el primero que se había visto en Francia, se lo regaló á la iglesia de Compiègne, y como á la sazón metía tanto ruido la heregia de los iconoclastas, convocó un concilio, en el cual discutieron sus teólogos sobre esta materia con los doctores griegos. Decíase proverbialmente: *Hábil como Pepino*. Dió pruebas de su constancia en proseguir la realización de sus designios en la expedición contra la Aquitania, que no abandonó hasta que fué dominada esta provincia. Así incorporó á la Francia germánica la Alemania y la Galia, y fué el primero entre los bárbaros que la avasalló toda entera, cual lo había estado en tiempo de los romanos. Reconcilió la aristocracia con el trono, restituyéndole los poderes usurpados por los mayordomos. Díjase que conocía ya lo que con posterioridad ha demostrado la esperiencia, esto es, que los franceses no podían echar raíces en Italia; pues en vez de procurar adquirir para sí propio, hizo donación de lo que adquirió al pontífice, contentándose con debilitar á los longobardos y con estorbar que la unión de toda la Península preparara un rival á la Francia. Hasta los mismos papas á quienes daba la independencia, quedaban ligados á su persona

en virtud de sus beneficios, de suerte que nada tuvo que temer de su engrandecimiento.

Temido de los bárbaros fué venerado por los suyos, aunque le faltaba una cualidad que hace mucha impresion en las gentes toscas, una apostura magestuosa. Sabiendo que algunos de sus cortesanos se habían divertido con su corta estatura y su corpulencia, de donde le vinieron sus sobrenombres el *Breve* y el *Gordo*, les convidó á ver la lucha de un toro y de un leon; luego como este hubiera asido y derribado á su contrario, volviéndose Pepino hácia los magnates que le rodeaban les dijo: *¿Quién de vosotros tiene valor para obligar al leon á que suelte su presa?* Y como nadie hiciera ademán de querer arriesgarse á ello, añadió: *Yo se la haré soltar*. Empuñando entonces su ancha espada, saltó á la arena, embistió al feroz animal, y del primer golpe le echó la cabeza al suelo: del segundo hizo saltar la del toro; dirigiéndose enseguida pausada y sosegadamente al lugar donde había dejado su comitiva, dijo: *David era pequeño y derribó á Goliath; Alejandro era pequeño, pero valia por ciento más altos y de mejor porte que él por su desnudo y por su brazo*.

CAPÍTULO XIV

CARLOMAGNO.—FIN DEL REINO LONGOBARDO.

Su gloria fué eclipsada por la de su hijo, y así se inscribió sobre su sepultura lo siguiente: *Aquí yace Pepino, padre de Carlomagno*. Sin embargo, este último no hubiera podido merecer el sobrenombre de Magno, si su padre no le hubiera dejado un reino robustecido y consolidado por la fusión de elementos heterogéneos, de la misma manera que Alejandro no hubiera dado cima á tantas hazañas, si Filipo no le hubiera allanado el camino.

Cárlos y Carloman—Al morir Pepino, repartió el reino entre sus dos hijos, en conformidad á la antigua costumbre, que señalaba á cada uno de ellos una porción igual del país franco y del territorio romano. Cupieron en suerte á Carloman la Ostría y la Borgoña, y á Cárlos la Neustria y la Aquitania (1). No tardaron en separarse, seguido

cada uno de sus leudos y fieles: el primero fué coronado en Soissons y Carlos en Noyon (9 octubre de 768). A su advenimiento fué de nuevo sublevada la Aquitania por Hunaldo, padre del asesinado Waifro, quien después de haber permanecido veinte y tres años en un convento para expiar allí su fratricidio, salió entonces para vengar la muerte de su hijo. Impaciente el país bajo el yugo germánico, se apresuró á proclamarle, y algunas semanas bastaron para consumir la pérdida de una provincia, que había costado á Pepino ocho años de guerra. Cárlos, aunque reducido á sus propias fuerzas sometió la Aquitania. Hunaldo logró escaparse y permaneció algún tiempo en un convento de Roma: luego, cuando vió á los francos en guerra con los longobardos, fué á ofrecer á éstos un brazo y un odio que no habían alcanzado domeñar la edad ni el infortunio. A fin de mantener á la Aquitania en la obediencia, la repartió Cárlos entre condes francos (769) y construyó junto al Dordoña una fortaleza, llamada después Fronsac, donde un corto número de ostrianos tuvo á raya un país agotado por tantas guerras.

Cárlos, que cumplía á la sazón veinte y cinco años, había adquirido ya madurez en los campamentos y en el gobierno de la Ostría. De elevada y magestuosa estatura, tenía la tez clara, y un vigor á prueba de toda clase de fatigas; de una conversacion viva, impasible en los reveses como en los triunfos, respetuoso hácia la religion, amigo de las ciencias, instruido en todo cuanto se sabía

(1) Véanse: *Genealogia regum Francorum*; los Anales de las diferentes ciudades, las crónicas y los versos coleccionados por PERTZ, tom. I, II; y las vidas de los santos contemporáneos.

EGINHARDI, *Vita Caroli magni*, es el monumento más precioso de la época.

MONACUS SANGALLENSIS, *De gest. Caroli M.—Capitularia Caroli, M.—Epistole Caroli M.*, Alcuini, Hincmari.—*Diplomata Caroli M.—Codex Carolinus*.

Véanse también:

ANASTASIO BIBL., *Vita Pontificum*.

GAILLARD, *Historia de Cárlos M.*

BOEHMER.—*Regesta chronologica diplom. Carolum, die Urkunden sämtlicher Karolinger in kurzen Auszügen*. Francfort, 1833.

DIPPOLD.—*Leben Kaiser Karls des Grossen*, Tubinga, 1810.

PHILIPPS, *Deutsche Gesch.*, t. II.

MOESER, *Osnabrückische Gesch.*, t. V.

LEDEBURG.—*Kritische Beleuchtung einiger Punkte in den Feldzügen Karls des Grossen*, Berlin, 1829.

J. ELLENDORF.—*Die Karolinger, und die Hierarchie ihrer Zeit*. Hesse, 1838-39.

Esto sin contar á los conocidos Baronio, Muratori, Guizot, Sismondi, Montesquieu... y las historias universales y germánicas, especialmente Luden.